

LAS ENSEÑANZAS DE LA HISTORIA: ¿OTRA VEZ LA MODERNIDAD?

ELSA GRACIDA *

Algo termina en los países desarrollados: eso mismo que apenas se inicia entre nosotros. Lo que es alba en México es ocaso allá y lo que allá es aurora no es nada todavía en México. La modernidad en que creen los jefes del régimen ya no es moderna...

OCTAVIO PAZ, 1969¹

En nuestra historia hay temas que parecen recurrentes. De tiempo en tiempo, en especial durante los periodos de crisis, se vuelve a ellos como si fueran fórmulas mágicas recién descubiertas, capaces de resolver los problemas del país. La modernidad es, sin lugar a dudas, uno de ellos.

La conciencia de que somos un país pobre y atrasado, ansioso por colocarse al nivel de las grandes potencias, ha acompañado nuestro desenvolvimiento desde épocas muy lejanas. El porfiriato, con su crecimiento económico y desarrollo industrial, fue una suerte de atisbo de la modernidad. Las fuerzas protagónicas de los años cuarenta vuelven, con una precisión circular, a cifrar sus esperanzas en la modernización del país. Pero una visión estrecha de lo que significaba tal proceso en aquel momento, condujo a la Revolución Mexicana, y en el posterior a los grandes movimientos sociales de los años cincuenta y sesenta, hacia una de las crisis más profundas por las que haya atravesado nuestra sociedad.

Hemos asistido al progreso industrial, al desarrollo urbano, a la explosión demográfica, a la educación masiva, al avance de los medios de comunicación, etcétera, pero también a la marginalidad, al desem-

* Este ensayo fue elaborado en colaboración con la profesora Esperanza Fujigaki de la DFP de la Facultad de Economía de la UNAM, y se presentó como ponencia en el Encuentro de Historia Contemporánea, realizado en la ciudad de Querétaro en febrero de 1988.

¹ Octavio Paz, "La última década". En Stanley R. Ross (edición e introducción), *¿Ha muerto la Revolución Mexicana?*, Premiá Editora, México, 1978, p. 237.

pleo, a la concentración del ingreso... En fin, a lo que Octavio Paz llamó "...una modernidad desconcertante".²

Ahora, que investidos de un nuevo ropaje reaparecen los conceptos de crecimiento con justicia social, armonía de los factores productivos, desarrollo industrial, privatización, lucha contra la inflación, pactos de solidaridad y demás tópicos como parte de un proyecto capitalista modernizador, obstinada y obsesivamente, puesto en marcha por el gobierno mexicano, valga el presente análisis sobre algunos rasgos del proceso de los años cuarenta para intentar recuperar las enseñanzas de la historia.

I

La Segunda Guerra Mundial, como ya había ocurrido durante la gran depresión de 1929, pone al descubierto el alto grado de dependencia económica de los países no industrializados respecto a las naciones industriales, así como los graves desajustes que ello provoca a su interior, particularmente en las coyunturas de crisis internacional.

En países como los de América Latina, donde el centro del crecimiento económico se localiza en el sector externo, la drástica reducción de las ventas de productos primarios y por ende de la capacidad de importar, ocurre en un ambiente de creciente nacionalismo, empeñado en impulsar un proceso de desarrollo económico menos sujeto a las fluctuaciones cíclicas del mercado mundial.

Así, por primera ocasión en su historia, un conjunto de reflexiones surgidas a raíz del impacto de la crisis de los treinta, va conformando en los países latinoamericanos una línea de pensamiento propia, preocupada por el análisis teórico de los problemas económicos de la región.

Se estimó que los países latinoamericanos eran demasiado vulnerables a los factores económicos externos. Sus economías estaban demasiado especializadas. Aun una modificación mínima en las condiciones del mercado de los países industriales... podía tener graves efectos en un país que dependía de la exportación de apenas uno o dos productos, como base de su vida económica.³

² Octavio Paz, *op. cit.*, p. 235.

³ Sandford Mosk, "La revolución industrial en México" en *Problemas Agrícolas e Industriales*, México.

La diversificación de la estructura productiva adquiere entonces el carácter de un requerimiento impostergable para las economías latinoamericanas. La propia experiencia de los centros industriales y la de los países de la región, que al contar con una cierta planta manufacturera logran aprovechar el conflicto bélico para producir ciertos bienes tradicionalmente importados, apuntan hacia la senda industrial como la vía más adecuada para reducir la importancia relativa del sector externo y ampliar la base de la actividad económica. En efecto, algunas naciones habían avanzado por ese rumbo, pero la industrialización no era considerada todavía como un objetivo estratégico.

Sin embargo, ya en el primer lustro de los años cincuenta, en plena conflagración mundial, amplios sectores de las sociedades latinoamericanas coinciden con los planteamientos de Raúl Prebisch, entonces director del Banco Central de Argentina, en la necesidad ineludible de la industrialización de América Latina y la adopción de una política industrial deliberada. En 1943-1944, a partir de la experiencia argentina, Prebisch —pionero de lo que, con la creación del Consejo Económico para América Latina en 1949, comenzaría a conocerse como el pensamiento de la CEPAL— coloca en el centro del debate a la industrialización de la región como única forma de enfrentar a fondo lo que más tarde se llamaría el carácter especializado y heterogéneo de la estructura productiva de los países dependientes, causa principal de su vulnerabilidad respecto a las oscilaciones cíclicas del capitalismo mundial y fundamento de la concepción centro-periferia.

...especializado, o unilateralmente desarrollado, ya que una parte sustancial de los recursos productivos se destina a sucesivas ampliaciones del sector exportador de productos primarios, mientras la demanda de bienes y servicios, que aumenta y se diversifica, se satisface en gran parte mediante importaciones. Dicha estructura es además heterogénea... en el sentido de que coexisten en su seno sectores donde la productividad alcanza los niveles más altos del mundo —en especial el sector exportador— y actividades que utilizan tecnologías anticuadas, en las cuales la productividad del trabajo es muy inferior a la de las actividades similares de los centros.⁴

⁴ Octavio Rodríguez, *La teoría del subdesarrollo de la Cepal*. Ed. Siglo XXI, México, 1986, p. 26.

Por su parte, la organización obrera en ascenso juega un destacado papel en la promoción de las tesis industrializadoras. Reunidos por vez primera delegados de los veinte países latinoamericanos en 1944 la Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL) aprueba un programa donde se define como objetivo histórico inmediato de la clase obrera el luchar por la transformación de la economía de la región mediante la revolución industrial. Asimismo, se considera a éste el único camino para fortalecer la independencia del subcontinente y elevar el nivel de vida de los pueblos. Tal proceso, en el cual habrán de condicionarse las inversiones extranjeras, deberá implicar "...desde la transformación de la agricultura hasta la transformación de la política del crédito, pasando por el desarrollo de la industrias extractivas y de los transportes".⁵

Convertir a la industria en el eje del desarrollo económico es una opción particularmente prometedora para países como Argentina, Chile, Brasil, México y Uruguay, ya que cuentan con una estructura manufacturera en el momento del estallido bélico. Pero es también en esas naciones donde se perciben con mayor nitidez las dificultades para llevar adelante un proceso de tal envergadura, además de poder salvaguardar los avances alcanzados una vez finalizada la guerra.

Desde entonces se puede avizorar que el reordenamiento económico de la posguerra, bajo la hegemonía de Estados Unidos, traerá profundas transformaciones en el ámbito internacional. Se están sentando las bases para el predominio de un nuevo "patrón de industrialización" en el cual el desarrollo del sector productor de bienes de capital será más que nunca la causa del éxito o del fracaso de los procesos industriales nacionales.

En tanto, en los países latinoamericanos el rezago tecnológico se profundiza durante y después de los años de guerra a causa del adelanto científico-técnico logrado por las naciones beligerantes. La aplicación de estos avances a la economía de paz en el ambiente mundial de libre cambio que pretenden imponer las grandes potencias, viene a significar, en los hechos, cortar de tajo las aspiraciones industrializadoras de las economías subdesarrolladas. Por tal razón, en los estudios sobre posibles alternativas para la reorganización económica de América Latina, el control del capital externo y la protección aparecen como temas recurrentes.

⁵ *Mesas redondas de los marxistas mexicanos*. Ed. Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano, primera edición, México, 1982.

En el ámbito latinoamericano se ha ido afirmando la convicción de que el desarrollo económico independiente a partir del cual podrían elevarse los niveles de vida de la población, sólo es posible mediante un proceso industrial fincado en bases nacionales y con la debida protección.

El rápido arraigo de estas tesis en la región se expresa en la postura asumida por los delegados latinoamericanos en las diversas reuniones internacionales efectuadas en ese tiempo. De interés relevante por los temas discutidos, fueron la Conferencia Interamericana sobre Problemas de la Guerra y de la Paz, realizada en la ciudad de México en 1945; la Conferencia Mundial sobre Comercio y Empleo con sede en La Habana, Cuba, que tuvo lugar dos años más tarde, y la IX Conferencia Internacional Panamericana a principios de 1948 en Bogotá, Colombia.

Si bien los resultados concretos fueron pobres en materia de cooperación económica, los representantes de América Latina consiguieron limitar lo que en la práctica venía a ser la adopción indiscriminada del liberalismo económico como principio regulador del reordenamiento de la posguerra. Estados Unidos, en Chapultepec y Bogotá, lo mismo que el conjunto de naciones industriales en la La Habana, se ve compelido a reconocer el derecho de los países atrasados para industrializarse y proteger este proceso, incluso mediante políticas proteccionistas.

Estados Unidos pretende definir en el proyecto para la Carta Económica de las Américas "...los objetivos básicos y los principios orientadores de la política del desarrollo económico del continente americano: ⁶ En él, el predominio de la libertad económica y el sistema de iniciativa privada aparecen como requisitos indispensables para alcanzar niveles más elevados de empleo, producción y vida de los pueblos. Tales argumentos buscaban esencialmente el compromiso de la naciones participantes para reducir los obstáculos al comercio, asegurar la libre inversión del capital nacional y extranjero, y eliminar la política del nacionalismo económico.

La firme oposición de la delegación latinoamericana en varios puntos hizo posible modificar o incluir nuevas cláusulas en los acuerdos y así condicionar la liberalización del comercio y la inversión extranjera, sobre todo la última, en caso de ser "...contraria a los principios fundamentales del interés público". En la redacción final del docu-

⁶ Sandford Mosk, *op. cit.*, p. 27.

mento son “los excesos del nacionalismo económico” y no su expresión general lo que se acuerda limitar.⁷

En los debates de La Habana sobre el proyecto de la Carta para una Organización Internacional del Comercio (ITO), así como en los de Bogotá los representantes de América Latina, apoyados por las delegaciones de otros países con niveles similares de desarrollo, cuestionan nuevamente los principios del liberalismo económico. En Colombia, Jaime Torres Bodet, secretario de Relaciones Exteriores de nuestro país “...rechazó la visión de un mundo dividido entre productores de materias primas y productores de bienes manufacturados, de una interdependencia económica que sólo encubría la dependencia de alguna de las partes”.⁸

De hecho, la polarización de intereses de los países participantes en todas las reuniones da como resultado una serie de resoluciones en que los principios generales se limitan a partir del reconocimiento de situaciones de excepción (de acuerdo a sus propias realidades), muchas de las cuales se vinculan con el esfuerzo industrial de los países de menor desarrollo.

II

El reordenamiento a la economía mundial de México se inserta en una situación definida acertadamente como de “encrucijada”.⁹ Son los años en que el proceso transformador iniciado con la revolución de 1910 empieza a brindar algunos de sus frutos más importantes —especialmente los derivados de las reformas estructurales del cardenismo—; pero es también el lapso durante el cual se hace cada vez más evidente el empeño de amplios sectores gubernamentales y empresariales por introducir un profundo viraje en la dirección del camino recorrido en la búsqueda de los objetivos revolucionarios de independencia nacional y crecimiento con justicia social.

En este ambiente, el ascenso de Avila Camacho a la Presidencia expresa el inicio de una etapa de transición hacia nuevas metas. En

⁷ Sandford Mosk, *op. cit.*, p. 28.

⁸ Jaime Torres Bodet, *Memorias. La victoria sin alas*, Editorial Porrúa, S. A., México, 1970, p. 299. Blanca Torres, “Hacia la utopía industrial”, en *Historia de la Revolución Mexicana, 1940-1952*, tomo 21, El Colegio de México, México, 1984, p. 301.

⁹ Anatol Shulgovsky, *México en la encrucijada de su historia*. Ediciones de Cultura Popular, México, 1985.

ella, la continuidad se observa en el hecho de que las conquistas sociales, económicas y políticas del periodo anterior son la base sobre la cual se asienta la expansión de los años siguientes, pero, y ahí se observa también la ruptura, tales transformaciones dejan de ser consideradas como objetivos prioritarios para reducir su papel al de prerequisites de un naciente orden cuyo centro motor es el aumento de la riqueza nacional a partir del impulso decidido a "...las energías vitales de la iniciativa privada".¹⁰

Delegar la conducción económica al sector empresarial, con todas las implicaciones que ello tiene para la vida social y política, no fue sólo un error histórico, como lo catalogaría Cosío Villegas años más tarde.¹¹ En realidad fue clara manifestación de lo que en los años cuarenta Silva Herzog llamó primero la crisis, y después la muerte, de la Revolución Mexicana.¹² Fue, en síntesis, la adopción de una nueva alternativa estructural —en el sentido aplicado por Nora Hamilton—¹³ dentro del proceso de desarrollo capitalista en el cual se había adentrado nuestro país desde muchas décadas atrás.

La artificiosa identificación de esta estrategia con una "...era de vida abundante, de expansión económica"¹⁴ en los primeros años del sexenio aviacamachista y más tarde durante el proceso industrial, brindan a los dirigentes gubernamentales y del partido en el poder una excelente oportunidad para desviar hacia los nuevos objetivos a las fuerzas sociales revitalizadas por el proceso cardenista agrupadas entonces alrededor de la "unidad nacional" en defensa de la independencia y la soberanía.

Desde mediados de la cuarta década las posibilidades de industrializar al país empiezan a ser motivo de reflexión, principalmente en la perspectiva de "...un México de ejidos y de pequeñas comunidades industriales".¹⁵ El crecimiento preferencial de la industria infunde se-

¹⁰ Manuel Avila Camacho, "Discurso del general Manuel Avila Camacho, al protestar como Presidente de la República ante el Congreso de la Unión, el 1 de diciembre de 1940", en *xlvi* Legislatura de la Cámara de Diputados. *Los presidentes de México ante la Nación*, Imprenta de la Cámara de Diputados, 1966, Vol. iv, p. 211.

¹¹ Daniel Cosío Villegas, "La Revolución Mexicana, entonces y ahora", en Stanley Ross, *op. cit.*, pp. 125-134.

¹² Jesús Silva Herzog, "La Revolución Mexicana está en crisis". *Caudernos Americanos*, México, 1943, y "La Revolución Mexicana en ya un hecho histórico" en Stanley Ross, *op. cit.*, pp. 113-120.

¹³ Nora Hamilton, *México: los límites de la autonomía del Estado*. Ed. Era, México, 1983.

¹⁴ Manuel Avila Camacho, *op. cit.*, p. 210.

¹⁵ Ramón Beteta, *Programa económico y social de México. Una controversia*. México,

rios temores a causa de los efectos depresivos de la reciente crisis capitalista en los países desarrollados.

En los cuarenta todavía las actividades agrícolas continuaban en el centro de la política económica gubernamental, mientras la industria ocupaba un lugar secundario. No es de extrañar entonces el empeño del general Avila Camacho, manifestado en su primer informe presidencial, por convencer a la iniciativa privada para que en consonancia con su papel dirigente que el mismo gobierno le ha conferido, invierta "...de modo primordial en la agricultura y de manera secundaria en las industrias, en los servicios y en las obras de que el país está particularmente necesitado"¹⁶

Sin embargo, muy pronto los desajustes internacionales provocados por la guerra determinaron la reformulación de esta línea de pensamiento. El súbito cierre de los mercados europeos, con los cuales en 1939 México realiza 24% de sus importaciones y 21.2% de sus exportaciones, recae negativamente en el comercio nacional y hace prever una difícil situación para el conjunto de la economía. Si bien los efectos depresivos no llegan a ser de gran intensidad gracias a que parte de ese intercambio de mercancías se orienta hacia Estados Unidos, el resultado último no deja de ser desalentador: se profundiza el ya de por sí alto grado de dependencia comercial respecto al vecino país del norte. Hacia 1944 el 85% de las ventas y 90% de las compras al exterior, son efectuadas en el mercado estadounidense.

El hecho de que esta situación se produzca cuando es claramente perceptible lo que se da en llamar la vulnerabilidad y dependencia de los países atrasados, refuerza, en amplios sectores sociales, la difusión de las ideas diversificadoras y del desarrollo industrial.

Por lo demás, algunos de los efectos de la economía de guerra apuntan también hacia esa dirección como alternativa de corto plazo. La industria mexicana, que había venido creciendo en los últimos años gracias al desarrollo del mercado interno estimulada por las reformas cardenistas, encuentra en los desajustes internacionales del comercio, condiciones favorables para acelerar su ritmo de expansión.

A la demanda interna de bienes de fabricación nacional se suma ahora, debido a la escasez relativa de productos manufacturados, la de-

1935, p. 44. Citado por René Villarreal, *El desequilibrio externo en la industrialización de México (1929-1935). Un enfoque estructuralista*. FCE, México, 1976, p. 37.

¹⁶ Manuel Avila Camacho, "El General Manuel Avila Camacho, al abrir el Congreso sus sesiones ordinarias, el 1 de septiembre de 1941", en *Los Presidentes...*, op. cit., p. 261.

manda tradicionalmente cubierta con importaciones —tanto del país como de América Latina—, y aun la proveniente de Estados Unidos que atraviesa en ese momento por serias dificultades para producir algunas manufacturas, materias primas y bienes estratégicos en las cantidades requeridas por su economía.

Lo mismo que el resto de los países latinoamericanos, en los que se avanzaba en la producción manufacturera, México contaba con una planta productiva de relativa importancia cuyos orígenes se remontaban al porfiriato y aun antes. Ya en 1940 se habían desarrollado una serie de ramas productoras de bienes de consumo inmediato, y algunos intermedios, para el mercado interno. Existía además un amplio margen de capacidad ociosa que al combinarse con turnos extras y alargamiento de la jornada de trabajo, hacía posible responder casi de inmediato a la demanda adicional.

Este prometedor panorama empieza a oscurecerse a partir de 1945; la producción industrial de Estados Unidos, en ascenso durante la guerra, podía abastecer fácilmente no sólo su propia demanda sino también la del resto de las naciones del continente. México se encuentra, así, en la perspectiva de perder los mercados exteriores e incluso su propio mercado. Bajo tales circunstancias, y a medida que se acelera el tránsito de los países beligerantes hacia una economía de paz, la preocupación por conservar los avances logrados en la industria y profundizar el proceso se difunde en el ámbito nacional con mayor rapidez.

Por uno u otro camino, amplios sectores de la sociedad y del Estado van arribando al convencimiento de la necesidad de impulsar el proceso industrial de México. Hacia 1944 "...la industrialización es una de nuestras metas...",¹⁷ y dos años más tarde se la concibe ya como "...el procedimiento más eficaz para aumentar el índice de ocupación y para incrementar y aprovechar la movilización de los recursos naturales y liberar al país de la dependencia de los pueblos extranjeros".¹⁸

Expresión temprana del arraigo de estas ideas en algunos de los principales agentes económicos del país es el Pacto Obrero-Patronal de 1945. En él, la Confederación de Trabajadores Mexicanos (CTM) y la Cámara Nacional de la Industria de Transformación (CENIT),

¹⁷ Manuel Avila Camacho, "El General Avila Camacho, al abrir el Congreso sus sesiones ordinarias, el 1 de septiembre de 1944", en *Los Presidentes...* *op. cit.*, p. 425.

¹⁸ Miguel Alemán, en Blanca Torres, *op. cit.*

acuerdan renovar el pacto de unidad nacional para "... pugnar juntos por el logro de la plena autonomía económica de la nación, por el desarrollo económico del país y por la elevación de las condiciones materiales y culturales en que viven las grandes masas de nuestros pueblos."¹⁹

Ningún país, manifiesta posteriormente la CTM, que no cuente con una industria propia adelantada puede superar su atraso, evitar que la dominen los países más desarrollados y potentes y garantizar condiciones decorosas de vida a sus habitantes.²⁰ Coincidiendo, para la CENIT el desarrollo industrial es la panacea que habrá de permitir salir del atraso y la pobreza, al aumentar la productividad y el nivel de vida del pueblo, y lograr la autonomía respecto al exterior.

III

A la par que transcurre la guerra, el gobierno y diversas organizaciones obreras y empresariales han ido decantando sus ideas respecto al contenido y forma sobre la puesta en marcha del programa de "modernización". Sus puntos de vista están influidos, desde luego, por las circunstancias internacionales y la reorganización política interna que implica el ascenso de Avila Camacho a la Presidencia.

El empeño industrializador lleva en la práctica a configurar una serie de alianzas como la de "unidad nacional" en su segunda fase, y al posterior Pacto Obrero-Industrial de 1945 sin que quienes participaban dejaran de precisar que no estaban dispuestos a renunciar a sus "... legítimos intereses o a sus derechos legalmente establecidos".²¹

A partir de este acuerdo básico, cada una de las fuerzas define sus preocupaciones principales respecto al contenido que considera debe imprimirse al proceso. Los dirigentes de las agrupaciones de trabajadores más importantes, aún debilitados por la derrota electoral de la izquierda oficial en 1940, concentran sus energías en reivindicar el papel dirigente del proletariado y, como parte de su lucha contra el imperialismo "yanqui", en tratar de reducir la influencia del capital externo en el desenvolvimiento industrial.

En la segunda mitad de los años cuarenta Vicente Lombardo Toldano, dirigente de poderosos núcleos sindicales, considera que el país

¹⁹ Pacto Obrero-Patronal, *Excelsior*, México, 8 de abril de 1947.

²⁰ Declaración de la CTM, *Excelsior*, México, 12 de abril de 1945.

²¹ Pacto..., *op. cit.*

se encuentra en un cruce de caminos. Es necesario, advierte, decidirse por una revolución democrático-burguesa, cada vez más popular, que desarrolle e industrialice al país elevando el nivel de vida del pueblo y los recursos del Estado, o las fuerzas conservadoras obligarán a dar marcha atrás, aunque reconoce que hay objetivos importantes de la revolución que no se han cumplido; así lo manifiesta en el acto de apoyo de la CTM a la candidatura de Miguel Alemán para la Presidencia; en ese acto, Lombardo demanda revitalizar la alianza nacional alrededor de una nueva meta: la industrialización del país.

En términos generales y a pesar de que la política de contención salarial del gobierno avilacamachista así como la arbitraria renuncia al derecho de huelga de algunos dirigentes había acentuado las divergencias dentro del sector obrero, casi todos sus representantes coinciden en la urgencia de promover el desarrollo industrial. Así lo expresa, en la "Mesa redonda de los marxistas mexicanos" efectuada en 1947, Jorge Fernández Anaya del Partido Comunista Mexicano quien, además, pone énfasis en el carácter estratégico que debe otorgarse al crecimiento de las industrias básicas y pesadas, como las productoras de acero, carbón, cemento, petróleo y energía eléctrica. Por otra parte, Valentín Campo, miembro de Acción Socialista Unificada, vincula el proceso industrial con el avance del capitalismo de Estado pues, según sus propias palabras, éste es el único capaz de desarrollar las grandes empresas del tipo de Ferrocarriles Nacionales.

Los marxistas mexicanos reconocen también la existencia de una fracción de la burguesía, "hija de la Revolución Mexicana", con tintes progresistas, pero la consideran muy débil y algunos incluso poco confiable como para hacerla depositaria del futuro del país. Así, concluyen que corresponde al proletariado ponerse a la cabeza del proceso,

La CNIT, que agrupa sobre todo a los empresarios surgidos durante la Segunda Guerra Mundial y a quienes Lombardo llama "burguesía nacional", dirige sus esfuerzos en la dirección de proponer medidas concretas que en su conjunto constituyen un programa inicial de industrialización. En él se incluyen algunas de las ideas más vigorosamente defendidas por sus representantes en las conferencias internacionales a que nos hemos referido. En oposición a las tesis librecambistas de Estados Unidos, propugnan por la protección a la industria y al mercado nacionales mediante la adopción de una estructura arancelaria flexible y permanente, así como por controles directos a la importación de ciertos productos.

También y coincidiendo con las agrupaciones laborales aunque seguramente por el temor que su competencia les infunde, se oponen a la entrada indiscriminada de la inversión y préstamos extranjeros argumentando que "...actúa como un obstáculo a la capitalización interior y por lo consiguiente a un desarrollo económico sólido". Pero en lo que se refiere a la participación del Estado, opinan que debe circunscribirse a la aplicación de una política de fomento que respete "el ámbito de acción propio de la libre iniciativa". El sector público, pues, sólo debe concurrir a aquellas actividades donde el riesgo y monto de la inversión limitan a la empresa privada tal como sucede con PEMEX.

La rectoría del Estado es ya uno de los aspectos más polémicos. Mientras que entre los propios industriales hay un núcleo empeñado en reducir su actuación a la del guardián del proceso económico, los gobierno en turno justifican de manera casi vergonzante su participación directa (impuesta por las circunstancias) reiterando en cada oportunidad su intención de limitarla en un futuro cercano al control de las industrias y servicios básicos. En contraste, como ya se señaló, los dirigentes obreros propugnaban por una decidida intervención estatal.

La relación entre empresarios y trabajadores ha sido otro de los aspectos en que han prevalecido serias discrepancias dentro de la burguesía. El llamado entonces por Mosk "nuevo grupo", pretende conciliar sus intereses con algunas demandas obreras a fin de elevar el poder adquisitivo de la población, base del crecimiento del mercado interno. Sin embargo, sectores como CONCAMIN, CONCANACO y COPARMEX no están dispuestos a introducir cambios en la relación con sus trabajadores y se oponen incluso a la firma del pacto de 1945, a pesar de que los compromisos que en él se asumían no pasaban de generalidades.

La CNIT, lo mismo que algunos representantes sindicales, destaca la necesidad de establecer una estructura productiva con bases firmes y duraderas; demandando el fomento de las ramas que utilizan materias primas nacionales, de la química y de las productoras de bienes de capital. Miguel Alemán, durante su campaña por la Presidencia, exterioriza también una preocupación similar.

La industria nacional del petróleo constituye —junto con la eléctrica, la siderurgia, la química y la mecánica— la base del programa

de desarrollo económico del país y, particularmente, del plan de industrialización que me propongo llevar a cabo durante el próximo sexenio presidencial...²²

Aquí vale la pena tener presente que sí bien a nivel de gobierno la conciencia de un destino industrial se finca en el periodo de Avila Camacho, es a partir del alemanismo cuando ese objetivo pasa a ocupar el centro de la política económica nacional. “Debemos realizar la industrialización que nos hemos propuesto”, dice Alemán en su toma de posesión.²³ En las nuevas circunstancias, el aumento de la riqueza nacional, fincado en la iniciativa de los empresarios, la armonía entre los sectores productivos y el papel arbitral del Estado, ejes básicos de la actuación gubernamental en la “batalla por la producción”, se desplazan ahora hacia el sostenimiento de lo que se dio en llamar el “plan industrial”. Plan que, por cierto, nunca existió como tal, si bien por informaciones periodísticas de la época se sabe que llegó a discutirse la pertinencia de su elaboración, buscando definir el papel a desempeñar por cada uno de los agentes productivos para llevar adelante el proceso.

El nuevo gobierno empieza a tomar casi de inmediato sin ninguna jerarquización ni planeación, una serie de medidas tendientes a elevar la protección arancelaria, incrementar el crédito oficial y reorganizar algunas empresas estatales. Simultáneamente, convoca a la clase obrera para que limite sus demandas como parte de su contribución al proceso, y prepara el descabezamiento de sus organizaciones mediante lo que más tarde se conocería como el “charrismo sindical”.

En los años posteriores, condicionado por estas visiones distintas y en muchos casos contrapuestas, sin un plan estratégico de largo plazo, el empeño social y económico del país se concentra en pos de la modernidad. En los siguientes tres lustros el sector industrial y la economía en su conjunto muestran un desenvolvimiento dinámico, tal como lo atestiguan los principales indicadores del periodo. La expansión y posterior diversificación de la estructura industrial, fincada esencialmente en los bienes de consumo, es uno de los rasgos más sobresalientes.

²² Miguel Alemán, *Conferencia de mesa redonda*. Talleres Gráficos de la Nación, México, 1949 p. 81.

²³ Miguel Alemán, “Discurso del Lic. Miguel Alemán Valdés al protestar como Presidente de la República ante el Congreso de la Unión el 1 de diciembre de 1946” en *Los Presidentes... op. cit.*, p. 520.

tes. En el camino fueron quedando, sin embargo, algunos de los requerimientos indispensables para la consecución de un desarrollo industrial integrado y sobre bases nacionales. Al mismo tiempo, otros factores que debieron tener un carácter subordinado, se fueron transformando en los ejes dinámicos para terminar por dirigir el proceso.

El Estado productor, pese a las reiteradas declaraciones en sentido contrario de sus principales voceros, juega un papel activo particularmente hasta antes de la crisis de mediados de los cincuenta. Su actuación es sobre todo definitiva en ramas claves como la siderurgia, el petróleo y la energía eléctrica, que logran las más altas tasas de crecimiento en el periodo. Empero, poco se avanza en la producción de maquinaria y equipo, actividades que hubieran podido revolucionar la economía del país. La producción estatal se inclina más por las materias primas y los energéticos mientras que, como regla general los empresarios eluden al sector de bienes de capital debido a los altos montos de inversión que requiere, el largo periodo para su recuperación y los niveles tecnológicos y de investigación científica que demanda la instalación y funcionamiento de las plantas productoras.

Cuando a mediados de los años cincuenta el Estado, imbuido ya de los criterios rectores de la política de desarrollo estabilizador retrae su participación directa, los empresarios mexicanos, en su mayoría con una "frágil vocación industrializadora"²⁴ se estacionan en la producción de bienes tradicionales. Distintamente a lo ocurrido en otros países como Japón, en México y en el resto de América Latina no existió

...un sector empresarial nacional articulado a un Estado cuyo proyecto de largo plazo implicaba reservar el mercado interno para la expansión y aprendizaje de una industria que deseaba alcanzar un grado de experiencia que le permitiría penetrar y consolidar posiciones en los mercados internacionales.²⁵

Por el contrario, se opta por el camino fácil de importar el avance tecnológico y de investigación científica bajo la forma de bienes de

²⁴ Hacemos referencia a la definición de Fernando Fanjzylber cuando señala "...la ausencia de un liderazgo efectivo en la construcción de un potencial industrial endógeno, capaz de adoptar, innovar y competir internacionalmente en una gama significativa de sectores productivos". *La industrialización trunca de América Latina*, Ed. Nueva Imagen, México, 1983, p. 176.

²⁵ Fernando Fanjzylber, *op. cit.*, p. 177.

capital diseñados para realidades diferentes como las de los países industrializados.

En estas circunstancias, cuando el gobierno mexicano invita al capital extranjero a participar en el proceso económico con el argumento de que los niveles de ahorro interno no son suficientes para asegurar el crecimiento y modernización de la planta productiva, éste fluye a las manufacturas sujeto sólo a una débil y flexible regulación. Comandado por las empresas trasnacionales, el destino de la inversión extranjera son las ramas en las que el mercado ofrece mayor rentabilidad y que han evolucionado favorablemente en sus países de origen. Poseedoras de niveles tecnológicos y de productividad superiores a los prevalecientes en el conjunto de la industria mexicana, en poco tiempo se transforman en el centro de la dinámica manufacturera a la cual los empresarios nacionales terminan subordinando sus intereses.

Así, dos de los principales objetivos que habían acompañado el empeño industrializador en sus inicios y cuya promoción prioritaria es signo distintivo de los procesos industriales de mayor éxito, fueron dejados de lado en el transcurso de estas dos décadas: la conformación de un importante sector de bienes de capital, y la presencia de la inversión extranjera con carácter subordinado y complementario respecto al capital nacional. En este abandono se originan algunos de los más graves problemas que enfrenta el país actualmente, destacando, desde luego, la desproporción del aparato productivo y la dependencia financiera y tecnológica de la economía mexicana.

Finalmente, nuestro país no llegó al nivel de desarrollo que las fuerzas sociales de hace medio siglo pensaron podría alcanzarse. Nos encontramos en una situación donde los resultados del proceso anterior se levantan como obstáculos cardinales para el crecimiento futuro. Para enfrentar las difíciles circunstancias del presente, se propone de nueva cuenta un camino capitalista modernizador aún más inaccesible que el de hace cincuenta años cuando las transformaciones de la revolución y en particular del cardenismo, abrían amplias posibilidades políticas, sociales y económicas para el país. Empero, no parece que los nuevos responsables de la dirección económica de la nación estén interesados en revisar con visión crítica la historia reciente, y ya sabemos que "quien no conoce su historia está siempre condenado a repetirla", y parafraseando a Marx, añadiríamos que "una vez como drama y la siguiente como farsa".